

DANIEL
MORENO

ATLAS MENOR
POÉTICO

POESÍAS
TEMPRANAS

DEL ALMA / VETÓNICAS /
MAKE IT NEW ...

Primera edición

ATLAS MENOR POÉTICO
POESÍAS TEMPRANAS

DEL ALMA

I

Al albor de la mañana,
luz dorada nebulada
sus pies en sangre realizaban
la fatiga pasada

Tiempo de espada roma —
tiempo de filo flamígero
de sangre borbotones el tiempo
de ahora sangre.

Quédome yo solo, y quiero
sólo yo quedarme.
Dejadme solo, no quiero
compañía de nadie.

Solitaria tierra
Calor de sol del Desierto
del Desierto; Dios me abraza
hundido en su pecho luminoso
ahogo mi pena en sangre.
Dios sólo del Desierto.

II

憑

Shaku of the Neuri

poet of wind

of meadow & calf;
wolf & the

steppen bandits.

Eaten

his incardinine verse—

flesh off a cauldron.

III

Noche de luna — velumbrosa noche
nebulosa luna.

Aguarda tras de sí
a la princesa nocturnal
de mi amado deseo.

*

Faisán de
piedras preciosas

—

Añora su hogar.

IV

Y denme guerra, dénmela ya
pavor de sentir en mis sangres
la jauría de animales —sobre mi piel
sobre mi cuerpo— el estrépito
el fragor de los tambores.
Espanto espanto espanto,
espanto es lo que quiero sentir,
atrincherado me den muerte, me den guerra
en yermo sentarme sobre mis entrañas—
morir de amor.

V

De nuevo el tiempo me drena la mente
y el verso —como sin querer darme cuenta alguna—
me deja. Me da de lado y llévase toda mi alma.
No puedo mas que contemplar.

Ríanse de mí mis pensamientos —una vez lúcidos.
Ríanse de mí las nubes. Ríase de mí el Cielo.
siempre en alta;
nunca muerto

Y ríase de mí yo mismo, el más bobo de entre los
[humanos.

Y que vuelvan otra vez
las tardes de estío. Con la Bóveda limpia —despejada.
Y vuelvan aquellos momentos de reunión afable entre
[iguales.

Que no se vuelvan a perder las gracias entre monotonía.

Lo que necesito es volver a tener el donaire de las letras
que creo llevaba antes.

VI

Y en las calles — todas de negro
pululaban críos de temprana edad.
Se escuchaba la juventud
la fuerza del mocerío aullaba por las avenidas
dejando rastro de febril entusiasmo
por una libertad que —día a día—
abandona el cuerpo, abandona el último aliento
de esas almas de la primavera que gozan de la
[vehemente
ánima de la edad que poco dura,
tanto abarca. Como se acaba, en menos de lo que la
[primavera aguanta
y entre llantos y gritos de jóvenes irreverentes
entusiastas del vivir. Y del sentir.
Se pudre uno de las ganas
de no haber hecho muerte de ese desistir que tan firme
[se persona.

VII

De tanto que saber quiero
acabo por no comprender ni el
azul del cielo

De tanto que saber quiero
no comprendo ni el pasar
de mi pasar
por el suelo
De tanto que saber quiero
me pierdo.
De tanto que saber quiero
ni me sé
ni me conozco
Y a perderme vuelvo

VIII

En la faz de vuestro gesto
veo arrugarse el ceño.
¿Qué os pasa, bella dama?
¿Qué os angustia, vida mía?
¿No será, por casualidad,
el uso farragoso,
la violación incesante,
los “movimientos” del hombre
que a nada llevan?

Os entiendo, mí amada.
Es frustrante verlo
es desdeñosa la situación,
¡Triste contemplación!-

Mas el hombre ya está perdido,
y parece —como siempre—
que le gusta

perdido estar.
Mas no se entristezca, mi princesa
no se deje maltratar
por menesteres de otro lado
por menesteres
de otro “allá”.

IX

(cuaderno de desmedidas)

¿Desmedidas? ¿e qué? Todo; tal vez nada.
Desmedido mi sentimiento, mi angustia y mi pesar;
¿qué no es todo esto sino amor? —¡incluso desamor!—
¡Maldita miseria! ¡Pesar de los pesares; todo
pesar!
Claro yo —persona ante mi propio espejo, acaso yo;
[mero reflejo de lo que creo estar siendo.
Pesares, pesares... ¿Y qué me pesa? ¿me pesa el
cuerpo? ¿me pesa la mente? ¿me pesa el pesar? Me pesa
Dios; me pesa el Universo;
me pesa el Amor.

X

En la calma de
la alborada
encuéntrome
de sosiego
ante la luz
no usada.

XI

Rondando la lejanía en apacible paseo
el sol fulgurante ya escondiéndose estaba,
Febo y Baco volvían de su garbeo
a contemplar la tarde que en sus ojos se posaba.

Si bien ambos dos en tranquila calma hallábanse
el uno de pensar en el mañana no paraba
y en sacra letanía su porvenir fraguábase;
más el otro del presente no se hartaba.

Febo y Baco, los dos hablaban
sobre la tarde desistían—
en los caminos se tropezaban.

Febo y Baco, los dos reían
sobre las noches que alzaban
y el sol que atardecía.

XII

A LOS VIENTOS GRITAN

No veo más que al crío que al viento grita, y le
es gritado el viento; allá donde las nubes nunca dejan el
cielo, y son colmadas de pájaros del yugo del tiempo, o
de los tiempos, del que hubo y del que hay. Sintiéndose
un ser repleto del espíritu de Dios, de la brisa que se
hace viento al levantarse, el niño alza su mano al
firmamento, llegando a tocar el azul. Ahí mismo clama

a los cielos para no crecer nunca; dióse cuenta de todo lo que tiene, y lo que le falta, no lo anhela.

Al otro lado del cañón, pasando las aguas del río de las locuras del pueblo, álzase majestuosa ciudad de esas que no queda por indiferentes a nadie, con todo lo que quiérase y más, aunque no se quiera. «¡Serme con el pasto, amar a mi amada, y ser el rey de mi castillo!» seguía gritándole al Cielo el joven chiquillo.

Nada más que piedad
traía para consigo
nada más que sueños
y nada más que amares.

XIII

Quedarnos siquiera el recuerdo a dos
el recuerdo
masa conforme sobre piel que como ajena
supura de su llanto no querer más.
Del fondo del Hades sale a volar un grifo
agárrome a los lomos de la criatura
solo esta vez.

XIV

Alzó la vista del suelo
así sus codos hunde; la mar terrosa
de Septiembre penumbrosa
alma hambrienta de consuelo.

¿Quién canta soledades al vuelo,
madre del ocaso que se posa,
amor que vínose fragosa —
y cumple voto de llanto al cielo?

No hay lugar ni siquiera en donde
no se vea, cariñosa matrona
tu faz velada y puño cerrado.

Ora al día ausente, responde
el corazón del sentimiento se le
amontona
la fe, sublime, se le queda d'este lado.

VETÓNICAS

I

A ÉL, IDO.

Se abrió paso ya el otoño, de septiembre nublado el cielo. Gris estrato. Como si quinientos años hubieran pasado desde la última vez que vímonos. D'entre las nubes el véspero bostezando, divino-nimbo. No me interesan historias de otros lados, ni composiciones ni relatos. Que se me quiten de encima pretensiones de todo tipo. “¡Cállese!” Y yo me callo.

II

Incontables preces, de pensamiento colmado de qué vendrá si viniere, a lo anterior acontecido. Pensando a la postrer qué pudiese haberse sido. Ovillarme en la noche acalorado de mi propio abrazo. Me tiene sin cuidado el solitario vaho.

Salta el monte al precipicio, naranjada solanera. Fresca vid henchide mi lóbrega alma, errabundo de sentido alguno, en el destierro.

Y salta entre nosotros EL MÚLTIPLE MAÑANA, al arroyo que ya su cauce vino a desbordarse, y por pequeño el afluyente al mar siempre llega - que encuentro lo que no busco después de darme cuenta.

III

Tacatá, tacatá, tacatá, tacatá – al paso el corcel palomino.

IV

Sumara la humareda a la tierra. Vaharada de la mañana. Hielas mis puntas las yemas. Bermellada apariencia. Distancioso, sálese el Sol nebuloso de la marisma del cielo aureolado. Acompañe el uno a la otra en el rubro que florece de mis manos.

Ay, respira ...

V

Altos lores escribo a la lluvia
lisonja del pluvio hacia mi ventana
que el corazón nutre y ama y canta,
muy cuitado, el poeta, que extravía
la mirada hacia la malsana
afrenta que las tripas le atraganta.
Y así vive y ama y canta
el poeta aprehendido en su celda
ataviada la su alma pordiosera,
mas la lluvia no me aguanta
al mi pecho del amor se hielda
que la pluma entre mis dedos desespera.

VI

Iridiscente cigarra estridula
al compás de la noche tremúla;
volviendo a mi casa, fulgura
la llama de mi pecho ulula.

Sobre los abedules compone bella estampa,
con su aliento en sombras que el alba arranca;
el suspiro de su paso el aire escampa,
y en su mirada la brisa tenue escapa.

Su túnica ondea crisálida leve;
de ámbar teñido sus ojos, el alba la bebe
y en alas de sombra mi noche la eleve.

Vigilia del sueño, quedóme conforme
a escribir estos versos de luz que se forme;
mi lengua se traba, mi alma se queme.

VII

Sagrado Corazón, quien te mira
no te ve

Del Duero al Alagón
a morir al Tajo son
de mil veces esta tierra
catapulta de razón
mi canción.

Desacrados nuestros libros
a sazón,

la mía,
de la tierra-
no puede más esta cabeza.
Discurrir sin dar la mano
a viejas presas, jóvenes almas
sangre de mis vísceras desterrada
a despecho de
no-sé-quién.

VIII

EL PASEO DEL INSONDABLE

1

Pasaron ante mis ojos los farolillos que adornaban,
punteando, la vista a la distancia de la sucia ciudad, que

al verla de lejos, de camino a casa, a la luz de la noche oscura, pude quererla un poco más, al hacerme recuerdo reflejo de las estrellas del firmamento.

2

¡Soy el primer poeta de España! De España, tierra de enseres y de hombres. De España soy el primer poeta, ¡el primero! Que del cielo mira alto y de su Aliento siente el alma.

¡Soy el primer poeta de España!

3

Miro al cerro, a la lejanía de mi vista, en la palma de mi corazón ¡porque lo amo! ¡amo al cerro y el prado cuanto lo rodea! Donde veo surcando el azul cielo, saliendo de entre los altos, allá lejana, una cigüeña, larga cigüeña. Os he amado siempre; de color verde es el amor, y sus sombras azuladas y amarillentas.

¡Miráculo! Redundante —en maravilla, las proezas de los nuevos héroes, del viento, halo de Dios; del agua, vino de la natura; el furor del sentimiento, del trágico sentimiento, etc.

En la vida, donde algo no se entiende, se vive, sin más connotaciones. Donde mi cabeza no llega, y llegara mi corazón, ahí estará la vida. El resto: jardín de muertos en vida, que aunque pueda salir vida de ellos, están muertos

Y en muerte quedarán, pues tal son.

4

A tu oído no pude más que susurrarte
querido, tras escondértelo
una vida, que tengo 800 años.

Dejásteme consagrado, a las cuerdas de tu
[mirada, enlazado a la mar terrosa.

Te amo,
Digo siempre
Al invierno pasado y
A la primavera que se acerca
Dulce primavera
En sol criada, y al sol creada.

5

Al paso de la loma
Verde en su amor entero, véoos
Yo incendiada en las raíces de vuestro amor.

IX

Entre el viento entro
en la verde pradera
con el cielo cubierto
a ver si desenreda
mi ser de tanta pena

que por afán de querer
ser bello, en mi pecho
desespera. ¡Ay, miseria!

Entre el viento entro,
entre el cielo nublado
que'l sol detrás esconde,
a la verde pradera.

Susurrando las nubes mi llegada
a este mar de flores
que la tempestad aguarda

X

1

El gato negro de manchas blancas echado panza al Sol,
se deja estar un rato. El gato entre las retamas y las
floreillas, con sus ojitos cerrados.

2

Derredor mece el viento
copas de verde encino árbol
margaritas amarillas
dientes de león—
siesta del felino gato.

3

Sol seco en la tierra posado
nubes blancas de quietud
dejados, a merced de lo sagrado.

—Bacante de flores bañada
Flor del recuerdo
Pasión en lo eterno.

XI

Temeroso cervatillo, escondido en la
[hondonada
 huye de agosto, huye del fuego,
 marcha a lo profundo, a la nada.
Y viera yo tus blancas manos, me guarden los ángeles
[de aquello,
 de escarlata tupidas, no quisiera
[enterarme
 no quisiera saber de la muerte.
Miedo me da, que cambie que sea otro, que no
[sea nada.
 Los astros ya no animan a salir de entre la
[luz.

Y que no sea vanidad ya todo lo que me quede
pues me queda solamente el amor, amor vivo,
amor pusilánime ante la muerte, temo, temo, temo
temo a horrores, y cuanto más horror siento,
más amo, y amo mares,
mar que todo él es camino, todo él fluye.
Y vanidad de que todo sea vanidad,
pero no el amor, sino denme la muerte
acabe ya el mundo que no ame,
pues no habrá nada por lo que matarme,
ni por lo que arrastrarme.

*

En fragosa carrasca
sube la cabra al Salto,
 lánzase al vacío.

XII

El moribundo ángel, de plateada armadura, fulgurante ante'l sol de los trigales, segados, me deslumbraban los ojos, chispeantes como los tenía; sobre mi, al alto cielo azul, sin nube alguna— arboles distanciosos bañaban de verde plenitud la lejanía

¿De dónde vienes tú, arcángel de larga espada? Preguntaba yo, lacrimoso, como desconcertadamente maravillado, poder sin más de la cansaduría de la faena abriendo ojos claro, de un color de cálido frescor, nunca visto, el armado ángel se sobresaltó, como si fuera uno más de los humanos. ¿Verme puedes, jornalero? — el astro padre aureola hacía'le'n la nuca, brillando todo él, lustrada criatura

Pues sí, puedo verte, enviado, ¿y por qué hoy, y no antes? Salieron de mi boca tales palabras. El ángel envainó su arma, delicado como el aire, posó sus pies desnudos en la árida tierra, y acercándose a mi, con centelleo en sus ojos todos, cogió mis manos y sonriendo clamó mi muerte.

Acepté yo su sentencia sin un mínimo de duda y repliqué, temeroso ¿morí digno? Moriste dignérrimo, del más digno de los castellanos, Pero dime, ¿quién eres?, le dije — soy él, respondió, su guarda

Silencio se hizo reino, nada más que el silencio, el silencio que son el viento, el pasto, el latido de la tierra, los pasos sobre la hierba seca de estío— al sur, muy al sur, extrema tierra lejana, se veía sierra eterna, de pinos

y alcornoques, liebres y ciervos, donde yo alzaba la
vista en la planicie castellana –

Muerto me hallaba, pero no sentía más que dicha, en un
mar eterno, pardo y verdino mar, de maravilla guardada,
donde el sol de su cenit no bajaba

*

Corazón mío coreaba, un coro de querubines, santos de
mi corazón salido, del pecho interno,
del alma mía

en paz sola dada a lo porvenir, que como ya no era,
incesante el ahora se esperaba, solo iba. Del fondo del
valle emanaba, pulida agua, un río con sus dos orillas,
de un lado marcaba la luna, en el suelo hecho cielo, del
otro el sol cobraba
vida de su más infinita letanía.

XIII

Heme ya aquí

en terruño de intermedio parecer
asotanado en mis ropas de corcel
rogando al viento

árido del tiempo
que de su brazo a torcer.

Hállome otra vez en esta tierra
de la que alguna vez hui
despellejado de toda materia
a morir

me fui.

Y mándome escribir el señor un soneto
cuando yo, de dicha tarea
no recuerdo
Espero libreseme el alma entera
por haberme descuidado de tan noble faena.

*

Me puede la maravilla
del camino
que conmigo vä mis pies

XIV

Si por mi juera
jacia como'l pardalico
a la solana bien cubrió,
con la sombra güena y fresca.

Si por mi juera
ni un día'l zachu coyería
y'al vinu por compañeru tomaría
tomando mi jacienda por vendía.

Al cerru jalamío me subía
alentándomi el yermo nortizu
a los pies del Cristu Benditu.

MAKE IT NEW

I

Aspectus sinister

a la ojeada, de las cinco de la tarde

placuit oculis

la observanza de la madonna, sentada nel divano

cigarro entre sus dedos

grácil mano ‘Quanto è la grazia del suo volto’

susurrando en la mesa d’al lado

soltándole humo nada dijo

grácil mano entre sus dedos, el suyo rostro

que guardara mil doscientas noches – de un solo bocado

señor Adolfo, hermano mío

“Grandeza de mil reinos el hispano,”

y salta al suelo

taconazo con pies ferros

del soplo de los Neuri volados los volantes

a las faldas de la mujer

—snobism— res de res —

notre tribu

toda conversación: old as time –

reputadas.

Reinar ochocientos años más

bailar,

beber,

en asombro

del doblado camino cretense.

II

Venida ángel del cielo
sacramento de piel y bello
rasgar la piel sangre escarlata
porvenir de mi resuello
fue dada a resurgir a sus manos una paloma
y si soltara

lustrada

otra palabra más
que la lengua márame, me delata
en el incienso
del humo bajo volara
se asuenciaran, se llegan
ganándome la presteza y la fuerza
sostuvieran ellas firmes pueñales
y si soltara

lacada

otra huella más
que las manos tuyas me mataren.

~~Del tórax mordaz respirar siempre húboseme hecho~~

~~[nefasta tarea~~

~~diéranse diez monedas por mi cabeza~~

~~al secuaz de los aquellos por mi sangre~~

~~[negro cataplasma~~

III

A ÉL

El vergel de tu mirada
Límpida sepulcral mirada de azulosas
Vides - del resurgir del agua - que a tiempo
Convertiste en vino e guiárnome el camino.

Subiendo a la proa bajando las nubes
Todas de blancura de otros sitios
Tierra desconocida desnublóse ante mis ojos
Cantatas benedictas a mis oídos aclamaron

Suya voz, tuya, de gravedad complaciente
Dictante de mi regla y generosa
De la vida amares todos, tempestad de tempestades
Clamare calma sobre tu lecho

